



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 8915

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, 4, Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN CALLE MAYOR 247

CARTAGENEROS!

Si por desgracia se prescinda el color de la fiebre amarilla en esta ciudad, no temáis al contagio. Si laváis vuestra ropa con la LEGIA JABONOSA de José Ignacio Macabot, pues es el mejor desinfectante que se conoce, hasta el punto de que el gobierno de los Estados Unidos tiene ordenado su uso en todos los establecimientos oficiales de la República.

Para inteligencia del público esta Legia Jabonosa se diferencia de las otras en que su color es algo moreno y de paquetes, en que este lleva la Cruz de Malta por marca de fábrica.

¡OJO!—No dejarse sorprender por las diferentes legias que se expenden en Cartagena con otros nombres. Pedid la Jabonosa que se vende en los establecimientos Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; D. Joaquín Ruiz, droguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puer de Murcia; D. Tomás Sosa, calle de Osuna; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Romero, Castellón 1; Sra. Viuda e hijos de Pico, Verdura; Sra. Viuda e hijos de Máximo Gutiérrez, Verdura 14; D. José Andron, San Francisco, esquina Palas; D. Gimés García Cababate, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, glorieta; D. Enrique Aragón, Duques 17; D. Antonio Conesa, Santa Florentina 37; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18 y D. José Pagán, Aire 8.

Único representante para las provincias de Murcia y Albacete, D. Fernando Giménez de Berenguer, Lizana 8, principal, Cartagena.

SABADO 18 DE JULIO DE 1891

GRAN HOTEL DE ROMA

[ANTES DEL UNIVERSO]

CALLES PRÍNCIPE DE VERGARA Y OSUNA.

CARTAGENA

Mesa redonda a las 11 de la mañana y 7 de la tarde.—Servicios particulares a todas horas.—Coches a todos los trenes.

Se admiten encargos y se sirven banquetes por numerosos que sean los señores comensales.—Coches a la llegada de los vapores.

Este magnífico hotel, con 70 espaciosas y elegantes habitaciones, de los primeros en su clase, situado cerca del muelle, del Comercio, Casa Ayuntamiento y Teatro, está a cargo de Mr. Henry Carbone, quien ofrece a los señores que tengan a bien honrar su casa todas las comodidades tanto en el aseo como en el buen servicio de habitación, comedores y cocina.

Grandes comedores y salones de lectura y de billares.—Se hablan varios idiomas.—La cocina está dirigida por el mismo dueño.—Precios económicos.

Viehy catalán.—Véase anuncio cuarta plana.

ECOS DE MADRID

17 Julio de 1891

Estábamos acostumbrados a que las primaveras se señalaran ofreciéndonos el tristísimo espectáculo de esos crímenes que hemos con venido en llamar célebres; pero en los calurosos días del verano, la laxitud, acaso los refrescos, la falta de energías, contribuía a una relativa mansedumbre y si acaso las alegres verbenas eran las únicas que daban que hacer algo a los agentes de orden público y a las soñolientas casas de socorro.

Pero este año el calor se muestra pendencioso y se repiten los crímenes con una prodigalidad espantosa. Un joven aparece muerto en la calle de la Paloma, resultado de una riña. Un distribuidor de prospectos, casi un niño se niega a dar unos cuantos papeles de los que reparte a otro muchacho, traban pelea y el primero cae gravemente herido a manos del segundo. Dos amigos van recorriendo tabernas en amor y compañía y en una de ellas arman camorra, sale la faca a relucir y Pilades deja exánime a Orestes. Otros dos jornaleros de la Casa de Campo para distraer el ocio se ponen a jugar a los naipes. Un guarda, en vez de amonestarles porque jugaban en vez de trabajar, se acerca a ellos dejando junto a un árbol la carabina, toma parte como espectador en las jugadas y

cuando los jugadores se incomodan, se insultan y se abofetean los separa. Uno de los dos contricantes coge la carabina, dispara sobre su adversario a quien contiene el guarda, y éste y aquél reciben una perdigonada que es muy posible que a estas horas les haya abierto las puertas del otro mundo.

Hasta ahora como ven los lectores se matan unos a otros por cosa baladí, por cuestiones insignificantes. La pícara navaja sale a relucir por los más fútiles motivos. Pero al lado de estos episodios surge el drama y aparecen una agraciada andaluza y dos adoradores con quienes a la vez sostiene íntimas relaciones. Uno de ellos se entera de la infidelidad de la acaparadora y sorprendiendo a la pareja culpable da lugar a la escena que pueden figurarse los lectores al saber que cuando llegó la justicia, ella yacía en el suelo bañada en sangre, su amante número uno a corta distancia con una grave herida en la cara; y el amante número dos, el que había sorprendido a los infieles, en un cuarto contiguo con varias puñaladas que obligaron a administrarle sin pérdida de tiempo los Santos Sacramentos.

Todos estos sucesos se han efectuado en pocos días y Dios sabe si continuará la serie. Por otra parte los escándalos menudean. Ayer mismo sin ir más lejos hubo una cena tristemente cómica en el Parque de Madrid. Una señora muy conocida en la corte, parte a la autoridad de que un caballero a quien nombraba, la perseguía sin tregua ni descanso, llevando su audacia hasta el punto de amenazarla. Si saltó a pie, él detrás; si saltó en coche, no faltaba un simón con el individuo al lado del que ocupaba la señora. Esta persecución era insoportable y la infeliz pedía a la autoridad amparo y protección.

En vista de esta formal denuncia, la policía tomó las medidas más oportunas para evitar a la dama las molestias de que se quejaba y ayer en pleno parque de Madrid se presentó el primer acto de la comedia.

La señora salió a pasear en coche; poco después una victoria de alquiler conducía por el paseo de los carruajes a dos caballeros, uno de los cuales era el perseguidor. La victoria seguía al landó y algo debió decir el galán a la dama ó los que le espían lo presumieron. Lo cierto es que un delegado de la autoridad se acercó a la victoria, mandó al cochero que parase y dirigiéndose al pseudo Teno-

rio le intimó la orden de seguirle. Este se resistió con toda la cortesía posible en semejante caso, identificó la persona, pero todo fue inútil. El representante de la autoridad insistió en conducirlo al Gobierno civil. La gente formó corro, los carruajes se detuvieron para que los que en ellos iban viesan la función desde palco, y el galán obligado a obedecer exclamó dirigiéndose al público:

—Conste señores que me detienen por que persigo a la señora que va en ese coche, dijo señalando a la dama. Pero conste también que si la persigo, es porque hace algunos meses que me debe cuatro mil pesetas. Voy a su casa a reclamarlas y me recibe a palos. Al seguirla, esperaba que aburrida de verme me pagaría por fin.

Esta declaración fue acogida con risas y la señora no debió pasar muy buen rato; pero el caballero no tuvo más remedio que ir al Gobierno civil. Allí explicó sin duda su caso y quedó en libertad.

En los Jardines del Retiro se comentaba por la noche el suceso, y según contaban algunos hay muchos en Madrid que tienen cuentas por solventar con la dama perseguida.

Anoche se celebró con mucha animación la verbena del Carmen y eso que todos los días salen llenos los trenes. Pero si se va la crema de la sociedad madrileña, nos queda la parte de la población modesta, que si no es de lujo, ostenta por lo menos la gracia, la belleza y la alegría que caracterizan en todo tiempo a la villa del oso y del madroño.

JULIO NOMBELA

VARIETADES

BOCETO DE NOVELA AL PADRE COLOMA.

I.

COLABORACIÓN INÉDITA.

Es el caso que hace un mes vino a visitarme un editor que quería darse a conocer; y entablamos el siguiente diálogo.

—Quiero, dijo, que me escriba V. una novela de sensación, conozco los títulos y la circulación de sus libros, pero como los tiempos han cambiado y el público tiene exigencias, de acuerdo con sus gustos, voy a indicarle la mía.

—¿Cuál es? le pregunté algo escamado.

—La propaganda de usted pasó de moda; es preciso ensanchar los moldes, hoy se buscan en los libros páginas que agiten los nervios, que los exciten con cuadros del naturalismo crudo; en una palabra, la carne debe dominar al espíritu. Para complacer al público y satisfacer las necesidades de mi gaveta, exijo que en el libro se prescinda de la moral.

Hice una mueca significativa, y comprendiendo que aquel especulador deshonoraba la clase de los editores de conciencia, repetí su indigna frase.

—Prescindir de la moral!

—Hay que atender a la realidad del negocio. La moral es asunto transnochado, manjar fiambre que no se sirve ya en la cocina de las letras, porque pocos lo piden. Asome V. la cabeza a los escaparates de las librerías, y se convencerá de que por cada ejemplar de obras útiles ó morales, venden los muchachos callejeros mil periódicos pornográficos, con grabados de color subido. ¡El escándalo, amigo mío! ¡El negocio!

El mal llamado editor, con la sonrisa del triunfo, me apretó la mano, diciendo antes de salir.

—Ya sabe V. lo que quiero. Pagaré bien el trabajo. Adios.

Quedéme anonadado, y el rubor tñó mis mejillas, pues un silencio me habría hecho cómplice del atentado que me imponían y sujetándome las sienes, exclamé.

—¡Prescindir de la moral, encarnación de mis pobres libros!... ¡Ensanchar los moldes!... ¡El escándalo! ¡el negocio!... ¡A qué tiempo hemos llegado!... Sin embargo, para vivir hay que comer; y para comer hay que trabajar. Las corrientes de la época nos han llevado a la perversión moral; y puesto que para los lectores han pasado de moda las buenas costumbres, hagamos pacto con el diablo, reptiendo el casi precepto de Lape de Vega.

«El vulgo es necio, y pues lo paga es justo hablarle en necio para darle gusto.»

¡Qué bien conocía el negocio el sabio fraile, por más que nunca sucumbió a la necesidad de escribir en necio!

Acaso tenga razón el editor, eco fiel de la opinión pública, que se refleja en su gaveta. Recuerdo que en el año 1876 apareció en París un libro, nunca bastante censurado, con el alarmante título *Les treize mnts de Jeannette*, y se apresuraron en Madrid a traducirlo. Cayó en mis manos un ejemplar, y bien porque me dominara la indignación, bien porque me pareció que el título necesitaba un correctivo publicuén en mi colección de *Cuentos de salón* la novela *Las trece noches de Carmen*, antítesis de aquella, puesto que traté de pintar en sus páginas los encantos de la vida ideal. Pocos días después, encontré en la calle al traductor de la obra de Mr. H. de Kock, y con la sonrisa de un triunfo poco envidiable, me dijo:

—He leído las noches de *Carmen* pero las de *Juanita* se venden mucho más.

—Lo creo, le contesté con el orgullo que inspiran las buenas ideas. Siempre están más concurridos los centros de prostitución que las casas honradas.

Entonces lo consigné en un libro: pintar figuras degradadas para copiar la sociedad equivale a retratar las manchas del sol, sin fijarse en sus magníficos rayos y en la grandeza del astro.

Pero he creado un compromiso, y me veo obligado a coger la pluma temblando de miedo.—Manos a la obra.

II.

Antes de empezar mi trabajo, me dirijo a V. respetabilísimo padre, ya que no pueda prestarme su talento, para que me revele el secreto

de alcanzar en pocos días la popularidad; no basta el genio, no basta el mérito de un libro para que todos lo lean, y lo que es más difícil y que más convenga a los escritores, para que todos lo compren. La grietería en los círculos me hizo comprar los dos volúmenes de *Pequeñeces*, objeto de tantas controversias; las gentes vieron fotografías en los personajes de la obra; y se aseguró que el escándalo había fijado el éxito; pero sea verdad ó no que hay retratos en sus páginas, como nadie podía darse por directamente aludido, claro es que el realce de los cuadros reveló la mano maestra del pintor; los envidiosos han querido quitar el mérito al libro, asegurando que su popularidad se ha debido, no solo al escándalo, si no a la fortuna y V. repetirá con Ayala

«¡Oh! Todos dicen: «¡Fortuna!» Ninguno dice: «¡Talento!»

No me atrevo a dar mi opinión sobre libro tan favorecido; pero me permito creer, que allá, en el interior de su alma, no cambiará V. la ruidosa acogida de *Pequeñeces* por su precioso libro *Lecturas recreativas*, a pesar de que acaso este es conocido solo de los amantes de las bellas letras. *La gorróna* es una joya de dicción y de interés.

No me había cabido la hora de que V. haya fijado la atención en ninguno de mis libros, y por eso no me atrevo a preguntarle si triunfaré en el compromiso de *torcer* mis propósitos para arrastrar al público.

La aristocracia es, a sobre el tapete desde que apareció el afortunado libro *Pequeñeces*. Ha fustigado V. con más ó menos razón, a la aristocracia de la sangre. ¿Vale esta más que la del dinero? ¿Vale más que la del talento? He ahí el asunto que va a servir de tema a mi nuevo libro.

III.

He concluido. Mis personajes son: un barón, joven de arrogante figura, poseedor de un rico mayorazgo en 1819; llevaba una vida licenciosa, y en sus expediciones cinegéticas a los montes de Toledo, halló al paso, en una aldea, una bellísima niña, hija del cacique del valle, preñado de aquel Irri, se propuso aspirar el aroma de la fresca flor de los campos, cansada de la viciosa atmósfera de los salones cortesanos. El orgulloso barón consiguió interesar a la cándida joven, y puso en planta los medios de seducción.

¡Oh! ¡Que ocasión tan oportuna para excitar los nervios del lector y regocijarle con la pintura del triunfo del barón y la derrota de la moral.

Varias veces pensé llevar a cabo el pífido pensamiento; pero en mi tintero no hay lodo, y siempre sacia la pluma mojada en tinta clara, sin borrones que mancharan el papel; y se me apareció la figura de la virtud con su faz severa, recordándome mis deberes. La flor casta venció; educada en los principios de la sana moral, defendió su honra, y el vanidoso aristócrata sintiendo por primera vez el aguijón del amor, llevó al altar a la que quiso fuera su víctima; no lo fue su honor, pero sí su corazón, porque